

temporáneos. Mejor poeta habría sido Núñez de Arce sin tanta afectación civil y pedagógica.

El poeta no sabe a punto fijo de dónde le nace su voz, si de sí mismo, de las cosas, de su corazón o de Dios; y en las mismas pausas a que obliga el desfallecimiento de la inspiración siente—si es poeta—el estremecimiento:

¿Mi corazón se ha dormido?
Colmenares de mis sueños,
¿ya no labrais? ¿Está seca
la noria del pensamiento,
los cangilones vacíos,
girando, de sombra llenos?
No, mi corazón no duerme.
Esté despierto, despierto.
Ni duerme ni sueña, mira,
los claros ojos despiertos,
señas lejanas y escucha
a orillas del gran silencio.

Señas lejanas de las cosas cercanas en el silencio de las sombras—corporeidad para los mortales—expresadas en el lenguaje infante de la poesía. Por eso el poeta no confía nunca en que sea poesía lo que le brindan las cosas, temeroso de su apego, y quiere desfigurarlas hasta estar seguro de su conformación al lenguaje que las expresa y al aliento que las informa, elevándolas de ser a su rango perdido. Poesía es lo que resta después de haber quitado a la poesía sus impurezas, como dirá de la poesía pura—de la poesía—monsieur de la Palisse.

El poeta no transforma lo que toca o canta, sino que lo acerca a su original frescor y temblor. El poeta ve en las cosas

